

TIEMPO DE COVID-19:

tiempo para recibir la Palabra de Dios como María

En este tiempo en donde nos toca estar adentro, también nos toca “estar atentos al adentro”, al interior de cada uno de nosotros. No es lo mismo sentirse encerrados, donde la imposibilidad de acciones atadas a decisiones ajenas nos puede generar ansiedades, enojos, rencores y malestares varios, que aceptar la situación de imposibilidad y transformarla en una oportunidad de dirigir el espíritu allí, hacia donde sabemos que Dios nos espera. Acostumbrados a lo exterior, vivimos corriendo de un lado a otro, preocupados por todo lo que vendrá y hemos perdido la capacidad de vivir el presente. Hoy tenemos esa oportunidad de aceptar la situación actual y dejar a Dios ser Dios. Hoy podemos dedicarnos tiempo para reencontrarnos con el Espíritu que nos habla en la Palabra viva de Dios, que nos acoge, que nos consuela, que nos abraza. Hoy hemos sido frenados para poder descansar en los brazos de aquél que siempre nos espera para hablar como amigos.

En ese encuentro con Dios, en nuestra más profunda intimidad, él quiere venir a traernos paz. Una paz que nos quiere ayudar a percibir este tiempo que vivimos dentro de un plan más grande. No se trata de minimizar el sufrimiento presente reduciéndolo a un simple error de cálculo o una prueba más de la historia. Se trata de recibir la visita de la eternidad en el tiempo actual, de recibir la visita del Señor de la vida, en la pequeñez de nuestras vidas. Y esa visita no será para comprenderlo todo ni para alcanzar alguna que otra respuesta. Debemos asumir la humildad como modo de existencia. Dios quiere venir a visitarnos para amarnos, no viene con respuestas, viene con amor y misericordia, pues *“la misericordia de Dios es el supuesto originario y el fundamento tanto de la creación como de toda la historia de salvación”*¹. Y somos parte de esa historia donde Dios quiere venir a cambiar nuestro corazón para que podamos caminar hacia él de otro modo.

El pasado 25 de marzo celebramos la Fiesta de la Anunciación y en medio de la pandemia no logramos festejarla como hubiéramos deseado. Volviendo a la Palabra de Dios de ese día, en la lectura de Lucas 1, 25-38, se relata ese encuentro de Dios –a través del ángel- con la humanidad, representada en María. Me gustaría detenerme en tres aspectos para reflexionar acerca de este tiempo que nos toca vivir a nosotros. El primer aspecto a destacar es la ubicación temporal del texto: *“El sexto mes envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret”* (v. 26). Esta indicación del sexto mes, tiene que ver con los versículos anteriores donde se indicaba que Isabel, la prima de María, se quedó escondida cinco meses. Hay una cierta continuidad en la temporalidad humana en la cual Dios se introduce. Pero no puede hacerlo sin dejar de ser Dios: se hace parte en la historia humana desde su eternidad. La eternidad de Dios contiene en

¹ Kasper, Walter, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Ed. Sígueme, Santander, 2014, p. 101.

sí tanto la vida de María como la de Isabel, pero logra comprender la necesidad de una búsqueda de confirmaciones de su manifestación. María comprobará la palabra del ángel al encontrarse con Isabel. Dios se deja percibir en la cotidianeidad humana para que podamos tener seguridad que él está con nosotros.

El segundo aspecto tiene que ver con la situación particular en la cual se encontraba María a la hora de la visita del ángel: *“una virgen prometida a un hombre llamado José”* (v. 27a). María estaba encaminada en un plan humano: sería la mujer de un hombre elegido o aprobado por sus padres para que sea su esposo. Sin saber exactamente si María estaba o no de acuerdo, pensemos en la confluencia de voluntades en esta situación: la de María, la de José, la de su madre y la de su padre. No está directamente expresada, pero también allí está manifestada la voluntad de Dios, pues los

judíos lo hacían todo con especial entrega a su Dios Yahvé. Sus padres verían en José un hombre de Dios que cuidaría de su hija cuando no estuvieran. Pero Dios irrumpe en medio de los planes humanos y envía al ángel. En medio de esas decisiones humanas es que se afirma la voluntad de Dios de elegir a María como madre del salvador. En esta situación natural en la vida de dos jóvenes que comienzan un camino, bajo la mirada y bendición de sus padres, Dios se acerca, se “entromete” y elige con predilección amorosa.



Un tercer aspecto que quisiera proponer tiene que ver con las palabras del ángel que permiten conocer algo de Dios: *“alégrate”, “no temas”, “El Espíritu Santo vendrá”*. Con estas palabras comienzan las tres intervenciones del ángel en el texto. La visita de Dios es alegría, es gozo. María no entendería el alcance de las palabras del ángel, por esto le dice luego “no temas”, y podríamos decir también que la voz del ángel es esperanza en medio de una situación de incompreensión. La palabra de Dios es motivo de alegría que también provoca miedo. Pero ¿cómo será posible? A la voz del mensajero de Dios le sigue una acción: el Espíritu vendrá sobre ella y hará posible lo imposible. María pasa del asombro, al miedo para ir hacia la incompreensión. El ángel le ofrece alegría, confianza y paz. Todo ello en un mismo momento de una historia humana que es la misma historia

de Dios. Y la respuesta de María es la acogida gozosa de esa Voluntad de Dios: *“que se cumpla en mí tu palabra”*.

El hablar y el accionar de Dios es en un mismo tiempo presente, que se escalonan para respetar la limitación del entendimiento humano. Dios se acerca, nos invita a la alegría, nos da paz ante el miedo y nos entrega su Espíritu. Hay en todo ello un misterio de autocomunicación de Dios, desde María, y que también llega a nosotros como posibilidad. Y por ello dependerá de nuestra libertad de aceptarla o no. Desde nuestra inmanencia podemos participar de la trascendencia divina como acontecimiento y proceso que *“son por tanto, dos aspectos de la misma historia de Dios en la historia de los hombres, que remiten a la mediación histórica en que tiene lugar la entrada de la eternidad en el tiempo”*². Así como María también nosotros recibimos el anuncio de la Palabra de Dios. Pero en este caso de forma privilegiada, hecha carne en Jesús y, por medio de su mediación temporal y terrestre, nos llega hasta hoy sus palabras que nos fortalece: *“¡Anímense! Soy yo, no teman”*. (Mt 14, 17b) y nos promete su compañía: *“Yo estaré con ustedes siempre hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 20b).

Este tiempo que vivimos puede ser más que un tiempo simplemente cronológico, en el cual presenciemos el paso de los segundos, los minutos, las horas y los días. Puede ser mucho más que un simple *chrónos*: puede ser un tiempo de *kayrós*, un tiempo de particular calidad en el cual profundicemos en nuestra intimidad con Dios. Necesita de parte nuestra una disponibilidad interior de dejarnos visitar por Dios y escuchar su Palabra, sabiendo invertir el tiempo que tenemos para hacer un camino donde seamos absorbidos en la eternidad de Dios. De ese tiempo dedicado a Dios, en medio de esta pandemia, brotará la esperanza ya que *“la base de nuestra esperanza es Dios y únicamente Dios. Aun cuando estemos viviendo en un tiempo y un lugar sin ningún tipo de esperanza, nos encontramos, a pesar de todo, esperanzados porque hemos puesto toda nuestra esperanza y confianza en Dios”*³.

² Forte, Bruno, *La eternidad en el tiempo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2000, p. 186.

³ Nolan, Albert, *Esperanza en una época de desesperanza*, Ed. Sal Terrae, Santander, 2010, p. 145.

En este tiempo es María también el modelo humano que nos inspira a invocar la misericordia divina sobre el mundo asediado por el miedo y la incertidumbre. Dios se está compadeciendo del sufrimiento humano presente y nos invita a ser testigos de su amor al mundo. María nos ayuda en ese proceso acogiendo la Palabra de Dios y guardándola en su corazón (Lc 2, 19). De esta manera *“María no es solo tipo y modelo, sino también misericordiosa intercesora por la Iglesia y los cristianos”*⁴. Como dice el Papa Francisco, María se acerca *“como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios”* (EG 186). Sigamos el ejemplo de María y en este tiempo presente dediquémosle nuestro tiempo a Dios, dirigiendo nuestros pensamientos y acciones hacia Él para que el venga a reinar en nuestro interior. Pidámosle con fe, que María, nuestra Madre, interceda por nosotros.



Diego Pereira Ríos⁵

⁴ Kasper, Walter, *Op. Cit.* p. 210.

⁵ Diego Pereira Ríos, 40 años, uruguayo. Profesor de Filosofía y Religión en Enseñanza Media. Maestrando en Teología Latinoamericana en la UCA de El Salvador. Miembro de Amerindia Uruguay, escritor colaborador en Revista Umbrales, editor en Ariel Revista de originales de Filosofía, miembro de la RED CREA Cómplices Pedagógicos para América Latina, miembro del Proyecto “Ágora dos habitantes da Terra”, miembro del Grupo Diocesano de Ecología Integral “San Francisco” y miembro de la Secretaría Ecueménica por una Espiritualidad Libertadora. Obtuvo el 3er puesto en el 1er Concurso Internacional de Ensayo 2015 de la REDLAPSI. Autor del libro “La fuerza transformadora de la esperanza” (Nueva Visión, 2016). Contacto: pereira.arje@gmail.com